

ARQUITECTOS, URBANISTAS Y HABITANTES

frente a la transformación de una ciudad desigual

MTRA. EN U. PAULINA R. TONACCA AGUILAR

Académica ayudante de la materia de Urbanismo en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, 2007;
Coordinadora del Programa de Recuperación de Barrios del Ministerio de Vivienda y Urbanismo, en las poblaciones Santa Mónica y Araucanía de la comuna de Conchalí, Santiago de Chile, 2006 - 2008

uch_ptonacca@hotmail.com

Fecha de recibido: Agosto 2010

Fecha de aceptado: Noviembre 2010

Resumen

Este artículo intenta reflexionar sobre dos preguntas centrales: ¿Son la arquitectura y el urbanismo ciencias para el cambio de las condiciones de desigualdad socioeconómica en la ciudad? ¿Cómo pueden aportar la arquitectura y el urbanismo a la transformación y superación de las relaciones asimétricas de poder en la producción de la ciudad?

Para abordar tales reflexiones, en la primera parte se discute el papel del arquitecto, el urbanista y los habitantes en la construcción de la ciudad, con base en el referente principal inherente al desarrollo de la Investigación Acción Participativa (IAP) y a Orlando Fals Borda, como uno de sus principales impulsores, además de los aportes de los llamados arquitectos y urbanistas radicales: John Turner y Robert Goodman.

En la segunda parte se analizan algunas herramientas de actuación que han aportado propuestas en la transformación de una ciudad desigual: la lectura de las prácticas espaciales cotidianas y la planeación participativa. Finalmente, se abre la reflexión sobre la relación entre educación popular y arquitectura-urbanismo.

Palabras clave: Desigualdad socioeconómica, participación, educación popular.

Abstract

This article tries to discuss about a central question: Are the architecture and urbanism sciences for the change in conditions of socioeconomic disparity in the city? How architecture and urbanism could help in the transformation of the asymmetrical power relationships, in the production of the city?

In the first part of this article we discuss the role played by architects, city planners and the inhabitants in the construction of the city. For this, we have as guideline the development of the Participatory Action Research (PAR) and Orlando Fals Borda as one of the leading promoter. In addition to the contributions of the architects and city planners called radicals: John Turner and Robert Goodman.

In the second part we analyze some tools that have contributed to the transformation of an unequal city, namely, the reading, the lecture, of daily spatial practices and participatory planning. Finally we discuss on the relationship between popular education and architecture-urbanism.

Key Words: socioeconomic and spatial disparity, participation, popular education.

INTRODUCCIÓN

Las ideas de complejidad y diversidad han ocupado un lugar importante en el pensamiento actual sobre la ciudad, planteando que todos los grupos e individuos tendrían funciones sociales diferenciadas (Ascher, 2004). Tales diferencias se dan principalmente por la división del trabajo, producida por la economía capitalista. Por tanto, la complejidad y diversidad de la ciudad estarán siempre asociadas a la desigualdad socioeconómica entre los pequeños grupos que acaparan la riqueza de una mayoría empobrecida y explotada.

Este conflicto tiene implicaciones territoriales que la arquitectura y el urbanismo no pueden pasar por alto, como la existencia de relaciones asimétricas de poder entre los actores que participan en la producción del territorio popular y la falta de democratización de los procesos de producción y de gestión de la vivienda y el barrio. ¿Cómo pueden aportar la arquitectura y el urbanismo a la transformación y superación de esas relaciones asimétricas y a la democratización de los procesos urbanos?

La visión dominante de ambas disciplinas —procedente de las corrientes funcionalista y positivista de las Ciencias sociales— las ubica como ciencias neutras y elitistas, en las que arquitectos y urbanistas pueden tomar decisiones desde arriba, poniéndose al servicio de la construcción de la ciudad de algunos y no de un desarrollo territorial más igualitario, menos injusto.

Arquitectura y urbanismo en sí mismos no pueden plantear una transformación radical de la sociedad, para ello es necesaria una visión transdisciplinaria y no sólo académica de la ciudad, dado el conjunto de factores económicos y políticos y, sobre todo, la actuación de los habitantes y movimientos sociales. Dentro de este contexto de actores y factores múltiples, estas disciplinas tienen algo que decir y más aún que escuchar, proponer y orientar en cuanto a la visión espacial y temporal de los fenómenos.

Las reflexiones que se exponen a continuación intentan plantear el problema de la relación entre arquitectura-urbanismo y desigualdad

socio-espacial, centrándose principalmente en el quehacer de arquitectos, urbanistas y habitantes.

Se revisarán algunas herramientas prácticas que apuntan a superar las relaciones asimétricas de poder en la construcción de la ciudad. Así también algunos antecedentes teóricos derivados especialmente de la Investigación Acción Participativa (IAP), la cual ha influido en el trabajo de arquitectos y urbanistas decididos a participar en la construcción de una ciudad más justa.

PRIMERA PARTE: EL COMPROMISO DE LA CIENCIA CON LA TRANSFORMACIÓN DE UNA SOCIEDAD INJUSTA

¿Son la arquitectura y el urbanismo ciencias que inciden en el cambio de las condiciones de desigualdad socioeconómica en la ciudad? Esta pregunta no es nueva, ha sido planteada en distintas épocas, desde distintas Ciencias sociales y ha tenido respuestas teóricas y prácticas diversas. Sigue vigente y hoy cobra vital importancia ante un sistema capitalista que cada vez incrementa las condiciones de pobreza severa y la crisis de gobernabilidad de los Estados.

El sociólogo Orlando Fals Borda (1986) se preguntó hace casi cuatro décadas: ¿Cómo servir para la transformación de la sociedad desde una formulación alternativa de las Ciencias sociales? Veinte años después de haber sido uno de los pioneros en la Investigación Acción Participativa se preguntó si aún era necesario este tipo de investigación en la sociedad. La respuesta fue positiva, en cuanto que “es un medio para llegar a formas más satisfactorias de sociedad. Es evidente que, en general, el mundo atraviesa aún la misma era de confusión y conflicto en que nació la IAP.” (Fals Borda, 1978: 87)

El planteamiento de Borda tiene como antecedente, en palabras suyas, los “momentos estelares” en América Latina, que fueron las décadas de los 60 y 70, cuando se desarrolló una efervescencia popular y movimientos sociales reivindicativos en la mayor parte del territorio. Desde allí, el autor acerca su trabajo a los movimientos y organizaciones populares, campesinas, indígenas y urbanas.

Estos momentos estelares fueron paralelos a corrientes teóricas desde las cuales nace la IAP. La primera de ellas es la Teoría de la dependencia, corriente crítica del marxismo en América Latina que constituye la primera interpretación económica y social con raíces en el propio territorio, como reacción al colonialismo intelectual europeo, haciendo patentes las contradicciones del desarrollo urbano capitalista, dejando a un lado a los sectores populares, lo que da paso a la IAP.

Otros antecedentes planteados por Fals Borda son la Teoría de la subversión, de Camilo Torres, desarrollada más en su práctica que en su producción teórica y la Escuela de educación crítica popular, con acento en el diálogo sujeto-sujeto (ya no maestro sujeto- alumno objeto) y en la concienciación de los oprimidos, desarrollada por Paulo Freire.

Estos antecedentes nacen en oposición a la supuesta neutralidad y autonomía de la visión positivista que domina las Ciencias sociales. Así la IAP se basa en el concepto de **compromiso** de las Ciencias sociales con la transformación de una sociedad injusta, inadmisibles y dolorosa. Replantea la relación sujeto-objeto entre el investigador y las personas con las que trabaja (preferible a decir a las que estudia o investiga) implicando no sólo una aproximación entre ambas. La **relación sujeto-sujeto** plantea formas participativas y organizativas horizontales para una sociedad más igualitaria y democrática. Intenta dar validez a la **ciencia popular**, aquella que las personas demuestran en su vida cotidiana y que tiene su propia racionalidad.

EL PAPEL DEL ARQUITECTO Y EL URBANISTA

“El análisis urbano no puede seguir siendo inocente, si es que ya no es culpable. Tiene una función capital: la defensa de la ciudad, la denuncia de sus falsificaciones y del atentado urbano” (Panerai, 1983).

Comenzaré corrigiendo una parte de este pensamiento de Philippe Panerai con el que abrí la reflexión: el análisis urbano nunca ha sido inocente, como tampoco lo son las demás Ciencias sociales. En términos de Fals Borda,

existe un aparato científico construido para defender los intereses de la burguesía, y este aparato es el que domina hoy a nivel local y general en las naciones llamadas occidentales, el que condiciona, limita o reprime el crecimiento de otras construcciones científicas y técnicas, por ejemplo, las que responden a intereses de clases campesinas y proletarias, o las de otros grupos populares a quienes se les ha aplicado la ley del silencio. (Fals Borda en Lewin, 2006)

La supuesta neutralidad de la ciencia, propuesta por la corriente positivista, amputa la dimensión temporal y procesual de los hechos estudiados. La dinámica de los procesos vividos por los sectores silenciados, es excluida de la investigación científica, con un fin ideológico de construcción de un discurso dominante que justifique las injusticias sociales producidas por el sistema capitalista.

Ante ello, un objetivo de la IAP es realizar procesos de construcción colectiva de un conocimiento científico sobre la realidad concreta del presente y la propia historia de los sectores populares, para entender las contradicciones del capitalismo y actuar sobre ellas para superarlo, apuntando a construir una conciencia de clase revolucionaria que pueda disolver la alienación que les impide entender la realidad y articular su lucha y defensa colectiva. Retomando la idea desarrollada por Gramsci del “intelectual orgánico”, según Fals Borda, no se conoce otra concepción adecuada para estos fines que el desarrollo de la ciencia crítica basada en el materialismo histórico:

Con el materialismo histórico, como decía Luckacs, se estaba ya en capacidad de ‘revelar la esencia del orden social capitalista y atravesar con los fríos rayos de la ciencia los velos puestos por la burguesía para encubrir la situación de la lucha de clases, la situación real’: podía ser al mismo tiempo guía científica e instrumento de lucha (Luckacs, 1975: 99)
(Fals Borda, 1978: 31)

Guía científica e instrumento de lucha, es aquí donde radica la cuestión señalada por Marx de que no basta con interpretar el mundo, más bien buscar las estrategias para transformarlo. Así la IAP no es sólo una metodología, sino que tiene implícita un compromiso ético de actuación en la realidad.

La actual visión dominante de la arquitectura y el urbanismo sigue basada en el positivismo y en la concepción de las herramientas de planificación como técnicas objetivas y neutrales. Pero al mismo tiempo que comienza a desarrollarse la IAP como propuesta de una ciencia alternativa, en los años 70, algunos arquitectos y urbanistas se plantearon el problema del compromiso ético de dichas disciplinas con la lucha de clases.

Hace más de tres décadas, Jhon Turner (1976) frente a su trabajo en las barriadas pobres de Perú y de Latinoamérica— se preguntó: ¿Quién decide en los procesos de planeación, diseño, construcción y administración de la vivienda, con el fin de explorar el potencial de la participación popular en la producción de una vivienda popular más apropiada?

En la misma época, Robert Goodman —integrante del grupo de los llamados urbanistas radicales— también se cuestionaba: ¿Qué papel cumple el urbanismo en la sociedad capitalista?, ¿qué alcance tienen las nuevas técnicas de participación de la población a nivel urbano?, ¿qué papel juega el técnico en todo el proceso de urbanización?, ¿se le puede caracterizar como una ‘policía blanda’ del sistema?, ¿qué papel juega el

contra-técnico (el 'advocacy planner') en la superación de los problemas urbanos?, ¿es una actitud también inoperante?, ¿la población puede llegar a fungir un papel protagonista en la ordenación del territorio?, ¿puede haber un 'urbanismo popular'? (Goodman, 1977: VIII)

Goodman asume que el experto tiene un papel relevante en la construcción colectiva de una sociedad liberada si, por una parte, reconoce que las relaciones de poder que establece el profesional con la gente han sido condicionadas por la necesidad de seguir existiendo como grupo profesional restringido y, por otra, si se considera parte del cambio cultural:

En vez de seguir siendo el 'experto de fuera', tratando de resolver las necesidades conflictivas de una metrópolis hecha de grupos de bajos ingresos y grupos de altos ingresos, o, simplemente, de 'ayudar a los pobres', podemos llegar a ser participantes, dentro de nuestra propia comunidad, en la búsqueda de nuevas estructuras familiares o de formas cambiantes de asociación, y participantes en el proceso de creación de dispositivos físicos que estimulen el desarrollo de esas nuevas formas de vida [...] Un paso en dicho proceso consistiría en explorar, y hacer consciente de ellas a nuestra comunidad, las causas de la opresión rededorista¹ —la naturaleza del cómo la especulación inmobiliaria afecta al diseño, por ejemplo—, y promover la creación de formas rededoristas alternativas." (Goodman, 1977: 188)

1. Referente al entorno, a la opresión que se puede ejercer desde las condiciones físicas y de espacialidad del entorno.

Esta visión define al urbanista como responsable de aportar a la reflexión de las comunidades populares sobre el por qué de sus condiciones urbanas desiguales; entender las contradicciones del capitalismo a nivel territorial y apuntar al desarrollo de una conciencia propia de los pobladores ante estas contradicciones que se expresan territorialmente en el proyecto de ciudad capitalista (global, competitiva), a través de modelos espaciales que la clase dominante impone. Proyecto que tiende a la acumulación y plusvalía urbana, la construcción de estructuras de consumo privado, el control represivo e ideológico de la población y la atomización de sus relaciones sociales.

Se construye principalmente a través de planes sociales y urbanos de reubicación y dispersión de comunidades, mejoramiento urbano destinados al control popular, proyectos de militarización de los barrios populares o simplemente del abandono, pues la ciudad no sólo es producto de los intereses de la clase dominante ni de los discursos hegemónicos, sino también de la resistencia de los dominados y de la construcción de sus proyectos alternativos de ciudad.

EL PAPEL DEL HABITANTE

Acercándose a los objetivos de la IAP y a la idea de “compromiso” de las ciencias con la organización popular, esta visión de la arquitectura y el urbanismo enfatiza la necesidad de una construcción colectiva de modos alternativos de producir una ciudad más justa, en donde habitantes y técnicos, desde la relación sujeto-sujeto, puedan imaginar nuevas utopías de ciudad.

Por un lado, la utopía —como estado posible y deseable de las cosas— es necesaria para avanzar y transformar; por otro lado, la historia de nuestras ciudades (como el caso de las expresiones urbanas del modernismo en las sociedades socialistas) previene del peligro de la realización de estas utopías, en cuanto a la imposición de una espacialidad y al cierre de lo que debiera considerarse como proceso urbano en el tiempo.

Para David Harvey, “la clausura de cualquier tipo (la construcción de algo) contiene su propia autoridad, porque materializar cualquier diseño, no importa lo alegremente que se elabore, es cerrar en algunos casos de manera temporal pero en otros de manera relativamente permanente, las posibilidades de materializar otros” (2000: 226). Al plantear la construcción de “utopías dialécticas” o “heterotopías” espacio-temporales e integradoras de todos los actores que participan en el proceso de construcción de ciudad, Harvey es contundente:

La tarea es, por lo tanto, definir una alternativa, no en función de una forma espacial estática, ni siquiera de un proceso emancipador perfecto. La tarea es reunir un utopismo espacio-temporal -un utopismo dialéctico- enraizado en nuestras posibilidades presentes y que al mismo tiempo apunte hacia diferentes trayectorias para los desarrollos geográficos humanos desiguales. (*Idem*)

En esta tarea de construcción de utopías dialécticas se hace evidente la necesidad de integrar la voz principal y silenciada en las decisiones sobre la ciudad: la de los habitantes. En la producción de un conocimiento concreto e integral, desde sus propias voces, sobre sus formas de vivir y comprender el territorio, complementado con el conocimiento científico (urbano-económico-político) que aporte a su explicación y a la imaginación de esas utopías.

Importa reconocer las luchas constantes de los sectores oprimidos, por un lugar en la ciudad y en la sociedad, que han intentado producir cambios tanto en la estructura urbana como en la estructura política de la ciudad, hacia una distribución del espacio urbano y de las

decisiones políticas más democráticas y más justas. Vale reiterar que la sabiduría popular puede comprenderse como un valor potencial para la transformación social.

Parte de las potencialidades para transformar las realidades de una ciudad capitalista, se encuentra en los propios habitantes de las barriadas, favelas, villas, colonias populares y poblaciones de América Latina. Cada trozo de ciudad construida, mantenida, modificada o mejorada, comprende la manifestación de que los sectores populares crean su propio territorio y lo convierten en su patrimonio, tal como afirma Zibechi:

Promoviendo un nuevo patrón de organización del espacio geográfico, donde surgen nuevas prácticas y relaciones sociales [...] el territorio es el espacio en el que se construye colectivamente una nueva organización social, donde los nuevos sujetos se instituyen, instituyendo su espacio, apropiándose material y simbólicamente. (2008: 198)

En realidad este “nuevo patrón de organización del espacio geográfico” no es tan nuevo, pues viene desarrollándose en la historia de los barrios populares latinoamericanos. Las arquitecturas, infraestructuras, objetos y paisajes constituyen las dolorosas condiciones de vida de los barrios pobres y a la vez son el marco en el que se van forjando el descontento y formas de asociación, autónomas, comunitarias y solidarias. Este patrimonio popular vive de la posibilidad de un futuro distinto, más justo, con condiciones materiales más dignas en donde esas nuevas organizaciones sociales puedan vivir. Cimentado en la historia de cada barrio, su valor principal radica en que se convierte en posibilidad, en esperanza de futuro, elemento fundamental para la construcción de las utopías dialécticas de la ciudad. Pensamos aquí el patrimonio como concepto libertario, perteneciente a quien lo vive, a quien lo cultiva y lo reinventa diariamente, es ahí cuando puede transformarse en herramienta de conciencia y de resistencia, que implica la visibilización de un poder, un poder heredado, afectuoso y colectivo, basado en la dignidad de los modos de vivir, contrario a los modos capitalistas de hacer ciudad.

“Este poder que, de facto, reside en el ‘sector popular’ resulta obvio en las enormes áreas del alojamiento no comercial o solamente semicomercial, construidas al margen de la ley en casi todas las ciudades de los países en proceso de urbanización acelerada”. (Turner, 1977: 140)

John Turner, Robert Goodman, Patrick Geddes, Colin Ward, entre otros arquitectos-urbanistas, reconocieron hace varias décadas el valor de

la “cultura precapitalista” que se encuentra en las formas de hacer ciudad de las barriadas latinoamericanas: “una cultura precapitalista, dentro del sistema capitalista mundial, pero enfrentada con él, concretamente, con el capitalismo en su fase imperialista” (Turner, 1977: 140). Patrimonio con un alto valor de resistencia, consciente o no, que se enfrenta a un modelo que utiliza el espacio como instrumento de dominación, que logra reprimirlo y enajenarlo. Un territorio propio que pertenece a todos, escenario de opresiones y emancipaciones cotidianas, luchas invisibles que quedan escritas en el espacio, patrimonio de victorias y fracasos, de resistencias y dolores, la mayoría silenciosos. Contrapoderes populares del descontento, de la autonomía y del sentido de comunidad, contruidos a través de la historia particular de cada barrio, que no piden permiso, que no necesitan ordenanzas ni catálogos para constituirse como patrimonio. En algunos pobladores o en algunos momentos de la historia: patrimonio consciente y defendido, en otros: la forma en que siempre se ha vivido.

SEGUNDA PARTE: NOCIONES PARA LA ACTUACIÓN EN UNA CIUDAD COMPLEJAMENTE DESIGUAL

El planteamiento sobre la visión de la ciudad y del papel de arquitectos, urbanistas y habitantes en la producción del territorio, exhorta la discusión sobre el qué hacer: ¿Con qué herramientas contamos para actuar en una ciudad desigual e injusta?

Primero debe reconocerse una discusión, que también se ha venido dando desde hace tiempo, en torno a la diferenciación entre las transformaciones posibles e inmediatas en un contexto político, económico y social dado y las transformaciones estructurales que llevan a la superación real de las desigualdades sociales. Discusión que ha abordado el pensamiento marxista y que se plantea cada vez como un cuestionamiento difícil de enfrentar en el trabajo de movimientos sociales, habitantes y técnicos que los acompañan.

Pensamos que ambas transformaciones son necesarias y que el trabajo del arquitecto y el urbanista, si bien se desarrolla en las condiciones actuales de la sociedad, no debe perder de vista la necesidad y posibilidad de transformaciones de todo el conjunto social, como orientación de su acción. Lejos de dar respuestas a ambas, se pretende reflexionar sobre las posibles herramientas de acción con las que contamos o aquellas que deberemos inventarnos. Nos parece necesario sintetizar dos herramientas de planeación que han abierto camino enfrentando las condiciones actuales para su actuación en la desigualdad social: las herramientas de lectura de las prácticas espaciales cotidianas y las herramientas de planeación participativa. Finalmente, se abordará el debate sobre la relación entre urbanismo y educación popular, como

una ventana que no ha sido del todo explorada y que puede aportar a las transformaciones estructurales de las condiciones de desigualdad social y urbana.

SABER VER LAS PRÁCTICAS ESPACIALES COTIDIANAS

Han sido diversos los investigadores urbanos que han detectado el problema de desfase entre diseño y planeación tradicional y la realidad que éstos afectan. Y una de las razones de este distanciamiento tiene que ver con que se ha comprendido sólo la dimensión geométrica, euclidiana del espacio, es decir, los modos de habitar de las personas, aquello que crea y recrea cotidianamente el espacio vivido. El espacio cualificado de la experiencia tiene una dimensión morfológica, siempre en relación con una dimensión funcional, del construir y ocupar el espacio y una dimensión simbólica, del percibir y pensar el espacio y sus significados. Esto nos plantea dos relaciones fundamentales: la relación espacio urbano-prácticas y la relación espacio-tiempo.

La articulación entre espacio urbano y prácticas cotidianas implica comprender cómo ambas se han influido dialécticamente, cómo el espacio codifica, contradice y estimula ciertas prácticas; y cómo aquellas prácticas modelan y producen las formas espaciales. No implica deducir de lo construido el sentido de las prácticas, ni establecer una determinación de los efectos del espacio sobre ellas.

Es pues en términos de tensiones y de contradicciones como hay que afrontar la relación entre espacio físico y espacio de la práctica [...] una verdadera evaluación del espacio como producto, como mediación, de los determinantes de la práctica socio-espacial como totalidad compleja y, por consiguiente, de los efectos, reales o potenciales, de uno sobre el otro. (Panerai, 1983: 188)

Aparece así también el tiempo como factor fundamental, dado que las prácticas cotidianas se dan en escalas espaciales distintas: vivienda, calle, territorio, ciudad, mundo global y en tiempos diversos tanto históricos como cotidianos. No es posible estudiar las prácticas espaciales de los habitantes de manera momentánea en su estado actual, sin considerar el desarrollo histórico que ha transformado el espacio y los modos de habitarlo. La dimensión del tiempo histórico aparece junto con la dimensión del tiempo vivido, las 24 horas de la vida cotidiana son un factor importante y pueden transformarse en un instrumento de observación y de comprensión de los modos cómo se viven los espacios.

2. Distinto a mirar, implica un darse cuenta, comprender en profundidad, no sólo aquello que se nos presenta explícito ante nuestros ojos.

Es importante, entonces, saber “ver”² en profundidad esas prácticas espaciales cotidianas y buscar herramientas creativas e innovadoras, que permitan analizarlas, comprenderlas, sistematizarlas y proyectarlas en la intervención urbana y arquitectónica.

HERRAMIENTAS DE PLANEACIÓN ESTRATÉGICA Y PARTICIPATIVA

El traspaso de este “saber ver” las prácticas espaciales cotidianas a herramientas de actuación en la planeación de barrios populares ha sido tarea de distintas organizaciones no gubernamentales y movimientos sociales reunidos en las redes HIC y HABYTED-CYTED. Estas organizaciones dedicadas a la investigación y acción en el hábitat construido, han creado y puesto en práctica distintas herramientas de planeación urbana, basadas en el concepto de “producción social del hábitat” (PSHV) y en la participación del habitante en dicha producción:

La noción de ‘producción social del hábitat y la vivienda’ (PSHV) se desarrolla a partir de la necesidad de generar estrategias para encauzar y potenciar los esfuerzos que realizan los pobladores al producir su propio espacio habitable. La caracterización de la PSHV permite proponer un sistema de producción que rescata aquellos aspectos positivos de los llamados asentamientos populares —la flexibilidad para acoger diversos espacios y funciones, la posibilidad de articular una economía local por medio de comercios y talleres, así como la creación de barrios con espacios para la interacción social, entre otras características— y, al mismo tiempo, ayuda a superar las dificultades que presentan estos desarrollos, como la falta de servicios, de recursos, el factor de terrenos difíciles y alejados, etcétera. (Mesías, 2003: 30)

Al igual que la IAP, esta visión sobre el planeamiento de asentamientos populares, se basa en la valoración de un saber popular, existente en los modos de construir ciudad que desarrollan los habitantes. Las organizaciones de asesoría técnica ponen sus conocimientos especializados al servicio de los habitantes, facilitando el diálogo en la construcción de soluciones. Así, arquitectura y planeación dejan de realizarse desde una oficina, bajo la decisión de los expertos que dibujan, colorean planos y creen que sucederán ciertas cosas en la realidad a partir de estas decisiones. Se transforman en procesos continuos de tomas de decisiones en los que el habitante es el actor principal, con potencialidades y poder, tanto para opinar, ser parte de los diagnósticos urbanos, como para construir su propia ciudad.

En estos procesos existe una idea de “participación”, concepto que ha sido muy utilizado y vaciado de contenido al referir a muy distintas

prácticas. La participación como herramienta de diseño y planificación ha sido asumida por distintos grupos y como parte de las políticas de planificación de gobiernos de distintos sectores políticos. Esto si bien ha constituido un importante avance en el reconocimiento del derecho de todo habitante a decidir sobre su territorio, también ha provocado que las herramientas de participación sean utilizadas para diferentes objetivos, muchas veces alejados de las ideas de dispersión del poder y democratización de las decisiones urbanas, que creemos son la base de estas herramientas. El grupo HABYTED-CYTED define la participación:

[...] no sólo como la consulta usual de toda relación, sino como el encuentro de, cuando menos, dos conocimientos, dos formas de aprehensión de la realidad: por un lado, el técnico que aporta información especializada desde el campo técnico constructivo, espacial, normativo y económico, y, por otro, el usuario, quien aporta información en la definición de sus necesidades, expectativas y posibilidades. La participación es la aceptación y el reconocimiento del 'otro'; asimismo, es una manera de integrar a los procesos de planeamiento y diseño las distintas maneras en que la población percibe su realidad, jerarquiza sus necesidades, define lo que aspira y aporta información importante sobre la manera de lograr resultados. (Romero, 2004: 30)

Luego de algunas décadas en las cuales estas redes de organizaciones han realizado importantes acciones en la producción del hábitat popular, uno de los puntos que ponen en discusión es si esa participación es una herramienta para el reparto equitativo del poder y concluyen que dicha visión demostró ser excesivamente idealista (*Ibid*: 40). En realidad, el problema de los niveles desiguales de poder de los distintos actores en la producción de la ciudad no es materia que puedan resolver estas acciones participativas. Se presenta aquí la contradicción sobre si en estos procesos se debe trabajar con las contradicciones existentes —de desigualdad de distribución de riqueza y poder— o aportar a la lucha para superar esas contradicciones.

En la práctica estas organizaciones han optado por el trabajo bajo las condiciones existentes: “debemos tener claro que de lo que se trata es de crear una capacidad de negociación y de generación de consensos para la toma de decisiones dentro de relaciones asimétricas de poder.” (Mesías, 2003: 40) Pero, la mayoría de las experiencias de planeación y diseño participativo rescatan los procesos educativos y organizativos que se han desarrollado con la comunidad como posibles avances en la superación de esas relaciones asimétricas. Para expertos y habitantes, han ido de la mano, la construcción específica del proyecto de vivienda, espacios públicos y/o servicios, con procesos tendientes a entender

las condiciones actuales de desigualdad, a desarrollar la organización popular e imaginar modos alternativos de producción del hábitat. Es ahí donde creemos, se abren ventanas para la búsqueda de nuevas metodologías y relaciones, que arquitectura y urbanismo pueden ayudar a crear.

ARQUITECTURA, URBANISMO Y EDUCACIÓN POPULAR

Una ventana se abre al acercar la arquitectura y el urbanismo a procesos locales de educación popular. En éstos pueden aportarse reflexiones que enriquezcan los procesos educativos de distintos grupos, en cuanto al acercamiento de una visión territorial a escala del barrio, ciudad, nacional, latinoamericana o mundial.

Arquitectura y urbanismo puede acercarse a la didáctica (y lo ha hecho, como se pudo ver en varios casos de vanguardia) como herramienta de lo que Paulo Freire llama “concienciación de los habitantes”, acerca de las condiciones urbanas que viven, sus porqués, y la orientación que pueden tomar sus luchas. ¿Cómo acercar estas disciplinas a los salones de las escuelas básicas y preparatorias públicas, a las sedes sociales donde se dictan talleres populares, a los centros culturales y de educación alternativos, que se van multiplicando cada vez más? Una manera es partir del análisis del propio entorno, lo que sucede en el barrio, en sus calles, viviendas y espacios públicos; elaborar metodologías de aprendizaje creativas que acerquen a niños y adultos a la comprensión del propio territorio, su historia y sus transformaciones, de sus espacios y sus formas de habitar. Comprensión que puede alimentar las luchas organizadas en defensa del territorio y la construcción de un futuro distinto delineado por un patrimonio popular que se conoce y se quiere.

Es aquí donde nuestro papel se acerca a la formulación de herramientas creativas y efectivas para aportar propuestas a la lucha por el cumplimiento del derecho a la ciudad. Derecho de los habitantes de barrios populares a no ser desplazados por el negocio urbano a distintas escalas y la especulación inmobiliaria, intrínsecos al capitalismo. Formas capitalistas de producción del territorio que encuentran una contraparte, un discurso opuesto al oficial, que puede ser capaz de desbordarlo, enfrentársele, subvertirlo y transformarlo.

CONCLUSIÓN

Este artículo ha intentado plantear la reflexión sobre el compromiso de la arquitectura y el urbanismo con la transformación de una ciudad desigual e injusta. Se ha abordado el papel que en esta transformación posible pueden plantearse arquitectos, urbanistas y habitantes y se han revisado tres posibles herramientas de actuación sobre una realidad compleja y desigual.

Todos los habitantes somos parte de la construcción de la ciudad; investigadores e intelectuales también lo son. La negación de ello es, opino, lo que ha causado la división entre teoría y acción, entre lo que decimos que deben ser nuestras ciudades y lo que realmente hacemos para que sean. Urbanistas y arquitectos no somos los llamados a observar los procesos de construcción de la ciudad, mientras los movimientos sociales urbanos y los pobladores los llevan a cabo. Tampoco nos formamos para estar al servicio de decisiones que nos parecen injustas, ni para trabajar al servicio de poderes que destruyen ciudades. Si nos han enseñado que nuestro trabajo no se encamina hacia una transformación de aquello que mata nuestras ciudades y las hace invivibles para muchos, hay varias enseñanzas académicas que deberíamos desaprender.

En toda América Latina se pueden encontrar ejemplos de movimientos o grupos de habitantes que intentan construir sus territorios populares bajo otras lógicas de relaciones sociales e institucionales que detentan el poder. Si bien son puntuales y actúan a escala local, constituyen una vanguardia en la producción del hábitat. Tanto en sus oposiciones y enfrentamientos organizados ante las decisiones arbitrarias sobre la ciudad, tomadas por los sectores dominantes, como en sus prácticas cotidianas, formas de vivir y sobrevivir, comunitarias y de apoyo mutuo, podemos encontrar un saber popular que ha sido poco comprendido.

Los referentes teóricos citados en este artículo reflejan, de alguna manera, un importante interés por comprender este saber popular. Existen otras aproximaciones, pero nos ha parecido conveniente señalar que “saber ver” las prácticas espaciales cotidianas y desarrollar un proceso de planeación participativa en que se haga relevante el verdadero poder del habitante y su saber popular como constructor de su ciudad y repensar las relaciones educación-urbanismo, pueden ser un inicio valioso.

FUENTES DE CONSULTA

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

1. Ascher, Francois, *Los principios del nuevo urbanismo: el fin de las ciudades no está a la orden del día*, Alianza, Madrid, 2004.
2. Fals Borda, Orlando, *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla. Por la praxis*, Tercer Mundo, Bogotá, 1978.
3. Fals Borda, Orlando y Carlos Rodríguez Brandao, *Investigación participativa*, Banda Oriental, Montevideo, 1986.
4. Lewin, Kurt *et al.*, *La IAP. Inicios y desafíos*, Laboratorio Educativo, Caracas, 2006.
5. Goodman, Robert, *Después de los urbanistas ¿qué?*, Blume, Madrid, 1997.
6. Harvey, David, *Espacios de esperanza*, Akal, Madrid, 2000.
7. Mesías, Rosendo, Rosa Olivera y Gustavo Romero, *Herramientas de planeamiento participativo para la gestión local y el hábitat*, Red CYTED, Programa Habyted, Cuba, 2003.
8. Panerai, Philippe, *Elementos de análisis urbano*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1983.
9. Romero, Gustavo y Rosendo Mesías, *La participación en el diseño urbano y arquitectónico en la producción social del hábitat*, Red CYTED, México, 2004.
10. Turner, John F.C., *Vivienda, todo el poder para los usuarios*, Blume, Madrid, 1977.
11. Turner, John F.C. y Robert Fichter, *Libertad para construir*, Siglo XXI, México, 1976.
12. Zibechi, Raúl, *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento*, Quimantú, Santiago de Chile, 2008.